

ENTRE MUJERES.

Hera, sentada en una silla, se muestra muy feliz tejiendo y tarareando una canción de moda. Entra Afrodita que la observa desde lejos antes de dirigirle la palabra.

Afrodita (AF). ¿Qué es lo que te tiene tan contenta, Hera? Hacía mucho tiempo que no te veía sonreír. *Con ironía.* ¿Acaso te ha traído tu maridito algún regalo de uno de esos lugares lejanos donde con frecuencia se ausenta para flexionar... (*hace un gesto feo con el brazo imitando el miembro viril*), quiero decir reflexionar sobre los asuntos del universo? ¡Ah! Ya sé. Creo que he visto el regalito hace poco moviendo su culito entre los lechos sobre los que comemos. Así escanciaba el vino. Uno, dos, tres... ¡Vaya trasero que tiene el muchachito! (*Imita con comicidad los andares de Ganímedes*). Está para comérselo todo entero. Lo que no sabía yo es que a Zeus le gustase también el salchichón además de las almejas. Pensé que eso era más bien cosa de Apolo.

Hera (H.) *Sin perder la sonrisa.* Poco me importan ya las cosas que haga el señor del Olimpo. Cada uno a lo suyo.

AF. ¿El señor del Olimpo? Desde cuando llamas tan solemnemente a tu maridito. Siempre lo habías llamado por su nombre: Zeus, o Júpiter, si el público es de latín. O “mi esposo”. Incluso no te avergonzabas cuando usabas términos tan cariñosos como: mi pichoncito, torito bravo...

H. Deja de decir tonterías. ¿Es que no te has enterado todavía?

AF. ¿De qué tenía que haberme enterado? Yo no he oído ninguna noticia de última hora.

H. No me lo puedo creer. ¿Nadie te ha comentado nada? Pero ¿de dónde vienes? Si ha sido lo más sonado del Olimpo en los últimos milenios.

AF. ¡Ay, hija! Me matas con tanta intriga. ¿Quieres decírmelo ya de una vez?

H. Agárrate fuerte y siéntate. No vaya a ser que de la impresión te dé alguna lipotimia.

AF. ¿Lipo qué?

H. Lipotimia. Desde luego qué poco leída eres, Afrodita. Lipo, del verbo *leipo*, que significa abandonar y timia, de *thymós*, que significa alma, aliento, espíritu. Así que lipotimia quiere decir que te abandona el alma. Vamos, que te desplomas sin sentido.

AF. No será para tanto. Muy gorda tendría que ser la noticia.

H. ¿Que no será para tanto? Ya verás, ya.

AF. Venga, no me hagas sufrir. Dímelo de una vez.

H. Que Zeus y yo nos hemos divorciado.

AF. ¿Que qué qué?

H. DI-VOR-CIA-DO. Eso es. Cuatro sílabas. DI-VOR-CIA-DO. Que Zeus y yo nos hemos divorciado. Hala, para que te enteres.

AF. Acabo de llegar de Mitilene, la capital de la isla de Lesbos, porque una clienta mía, Safo, esa poetisa que canta al amor y se lamenta siempre de la pérdida de sus amadas, me había pedido que acudiera en su ayuda para conseguir a una chica de la que se había encaprichado. Es verdad que he estado algo desconectada de las cosas del Olimpo, pero esto habría llegado a mis oídos antes o después. Es que es muy, MUY GORDO. ¿Cómo no iba a enterarme de algo así? Enseguida el rumor habría llegado a mis oídos. ¿O me estás tomando el pelo? Mira que desde que gané el concurso de belleza en el que Paris me dio la manzana me estás haciendo siempre perrerías para burlarte de mí.

H. Es que ha sido hace muy poco. Todavía no ha tenido tiempo la Fama de ir largando por su boca todo lo que ella sabe.

AF. ¿Pero es que no es una broma? ¿En serio que te has divorciado de tu esposo?

H. Del señor del Olimpo. Nada de mi esposo. A partir de ahora ningún vínculo tengo con Zeus, salvo que es mi hermano y eso no puedo evitarlo. Los lazos de sangre son lazos de sangre para siempre.

AF. ¿Y por qué te ha repudiado? ¿Cuál es la excusa que te ha puesto? ¿Que tiene la crisis de los cincuenta y que quiere replantearse su vida? ¿Que se ha dado cuenta de que necesita vivir otras experiencias? ¡Como si no viviera el muy pendón todas las que le da la gana! ¡Que todo el mundo sabe cómo se las gasta tu esposo! Perdón, el señor del Olimpo. Dioses, todos son iguales. Nos pasamos toda la vida atendiéndolos y mira cómo nos tratan.

H. No, Afrodita. Te estás equivocando. Él no me ha repudiado ni me ha solicitado el divorcio. He sido yo.

AF. ¿Túuuuu? ¿Pero desde cuándo una mujer puede quitarse de encima al pelmazo de su marido? Yo creía que era siempre al contrario. Suponía que ellos eran los que tomaban la iniciativa.

H. Y así era hasta hace bien poco. Pero alguien tenía que ser la primera. Traerse a Ganímedes al Olimpo ha sido la gota que ha colmado el vaso. Ya estaba harta de pasarme todo lo que llevo de eternidad aguantando sus infidelidades. Bien sabe todo el mundo que mis celos no son infundados. Pero relatar ahora la lista completa de sus amantes y de los hijos nacidos fuera del matrimonio sería una tarea interminable.

AF. Sí. Bien lo sabe todo el mundo. De hecho a nosotros siempre nos has dado un poco de lástima.

H. ¿Lastima? ¡Venga ya! Si he sido el hazmerreír de todos los dioses. Pero ya se acabó. Y no os guardo rencor. Lo tenía merecido, por ser consciente de lo que estaba pasando y no tomar medidas. Una diosa no puede vivir sin dignidad. Y eso es lo que he hecho: reclamar mi dignidad.

AF. ¡Muy bien, Hera! Seguro que has abierto el camino a que otras de nosotras podamos hacer lo mismo. De hecho estoy pensando si no podré utilizar yo lo tuyo como jurisprudencia. Porque tengo yo un marido... Dime cómo lo has hecho, qué argumentos planteaste para que tu esposo, perdón, el señor del Olimpo, haya admitido tu demanda a trámite y finalmente haya resuelto concederte el divorcio.

H. No ha sido fácil, pero al final ha entendido que durante todos estos años, siglos y milenios él no ha parado de vivir su vida a mis espaldas, mientras yo he sido siempre la esposa abnegada y humillada. No tuve más que amenazarle con contar todas sus aventuras extramatrimoniales y proclamarlas a los cuatro vientos para que todo el mundo, incluido los mortales, sepa quién es en realidad el dios más poderoso del Olimpo. Él temiendo perder la consideración, sobre todo la que le tienen los mortales, ya que podrían pensar que Zeus se doblega ante cualquier culito respingón o un par de buenas tetas, me concedió todo lo que le pedí. Incluida mi libertad.

AF. ¡Vaya! Tú si que sabes, Hera. Oye, mira. ¿Y no podrías tú ayudarme para plantear a mi marido también una demanda de divorcio? Nunca lo he soportado. Ya sabes que me lo impusieron por la fuerza. Zeus decidió que mejor sería que estuviera casada para evitar que los demás dioses se disputaran mi belleza. Pero el muy mamón, aunque hay dioses muy apuestos, como mi Ares, me casó con el dios más feo de todos, con Héfesto.

H. Afrodita, no hables así de mi hijo.

AF. Pero si tú misma cuando lo pariste, al ver lo feo que era, lo arrojaste fuera del Olimpo. Así que no me vengas ahora con milongas.

H. Pero eso era por la depresión postparto. No me lo traigas a la memoria. La verdad es que era muy muy feo y contrahecho, con joroba. No parecía hijo de una diosa como yo. Pero ahora, mirando todo desde lejos, no debería haber hecho nunca lo que hice.

AF. Ya. El caso es que ahora es mi marido y yo soy la que tengo que soportarlo. No sabes el mal trago que tengo que pasar cada vez que viene a mi lecho a cumplir con sus obligaciones maritales. Nada más que lo oigo llegar arrastrando su pierna mala, cataclop, cataclop, cataclop (*imita el ruido de la pierna al ser arrastrada*), me recorre un escalofrío y unos sudores empapan todo mi cuerpo. Y qué te voy a contar cuando empieza a desnudarse. ¡Madre mía, si parece un oso! Yo cierro los ojos y espero que todo pase cuanto antes. Y encima no se ducha, porque viene directamente de la fragua a la cama. No sé cómo puede ser tan tosco y tan cochino.

H. Bueno, no vayas a echarme a mí la culpa. Ya sabes que lo educaron Tetis y Eurínome, las ninfas

marinas, y no yo.

AF. En fin. Para mí es un verdadero sufrimiento. Ya quisiera yo ver a otras en mi lugar.

H. Ya, guapa. Pero tú no es que seas tampoco un ejemplo de esposa virtuosa. Porque bien que te corres tus juergas fuera del matrimonio para compensar el sufrimiento, como tú dices.

AF. Pues menos mal. Si no fuera por eso, mi vida sería un verdadero infierno. Al menos tengo algunos momentos felices.

H. Ya. Pero son muchos los amantes que se te atribuyen. Entre los dioses están Ares, Dionisos, Hermes, Poseidón... Y entre los mortales están Adonis, Anquises, Butes, Faetón...

AF. En fin, para eso soy yo la diosa del amor, para practicarlo y dar ejemplo. Pero no creas que todas estas historias tuvieron un final feliz. De hecho se me encoge el alma todavía cuando escucho el nombre de mi amado Adonis. ¡Era tan guapo! Pero me lo mataron. Unos dicen que el jabalí que lo atacó no era sino Ares, celoso por mi amor. Otros dicen que lo envió Artemisa porque me consideró implicada en la muerte de Hipólito. En fin, el caso es que lo perdí para siempre. A pesar de que soy diosa nada pude hacer. Los guapos también lloran, como suele decirse.

H. Ya sabes, Afrodita, que en la vida hay experiencias buenas y malas. Y más cuando esa vida no tiene final, como la nuestra. Pero no te quejarás de tener buenos amantes. ¿Qué me dices de tu Ares? ¿Acaso no está como un tren? ¡Menuda tableta de chocolate tiene rodeando su ombliguito! ¡Siempre tan atlético de tanto entrenarse para la guerra! ¡Quién lo pillara!

AF. ¿Que quién lo pillara? ¡Pues bien que lo pilló Héfesto aquel día!

H. *Riendo.* Es verdad. Menudo cachondeíto se armó en el Olimpo. Todavía me acuerdo de todo aquello. Pero dime, ¿quién fue el que se lo contó a tu marido? ¿Sospeché él alguna cosa? Porque ninguna de las diosas fue, ya te lo aseguro yo.

AF. No. Él no sospechaba nada. Siempre está en su fragua con los cíclopes dale que dale, golpeando el martillo en el yunque, forjando los rayos de Zeus o haciendo las armas para los hombres protegidos de los dioses. No se entera de nada. ¿No ves que no tiene vida social?

H. ¿Entonces fue la casualidad y el azar?

AF. ¡Qué va! Fue Helios, el Sol, que todo lo ve, el que se lo fue a decir a la fragua. No sé por qué lo hizo. Tal vez por envidia, porque también me pretendía y yo lo rechacé. Así son los dioses de vengativos: si no eres para mí, tampoco serás para ningún otro.

H. De todas formas, (*dirigiéndose al público*) éstos van a pensar que el Olimpo es un putiferio.

AF. ¡Hombre, que somos diosas, no monjas de clausura! Además los dioses del Olimpo no hemos sido nunca un modelo para la vida de los hombres, como otros dioses de esas religiones que ahora se practican. Y, mira tú, nuestros cultos nunca provocaron guerras entre los humanos. No como ahora, que la mayoría de los conflictos bélicos tienen algún motivo religioso.

H. Sí, eso es verdad. Pero, anda, cuenta cómo ocurrió todo.

AF. Pues, como iba diciendo, Helios fue un día a la fragua donde mi marido se pasa la vida trabajando y le dijo que había visto a Ares frecuentar mucho mis aposentos cuando él estaba ausente.

H. ¿Y tu esposo lo creyó?

AF. No sé. Al principio no sabía qué pensar, porque además de feo es tonto. A lo mejor creería que dónde iba a encontrar yo a alguien mejor que él.

H. Hombre, buenas joyas sí te fabricará. Para eso es el mejor artesano del Olimpo.

AF. Sí, eso es verdad. Tengo las mejores joyas del Olimpo, porque el pobre de Hefesto no para de regalarme anillos, pulseras y colgantes. Cree que así va a tenerme contenta y siempre a su lado. Y yo lo que necesito es otra clase de colgantes (*Con tono y gesto pícaro*). Tú ya me entiendes.

H. ¡Desde luego, Afrodita, cómo eres!. Todo el día pensando en lo mismo.

AF. Pero ¿en qué va a pensar la diosa del amor? Pues en eso, en el amor. Es que es muy razonable.

H. Nos estamos desviando del asunto. Sigue contando qué es lo que pasó. ¿Lo creyó o no lo creyó? ¿Hizo caso de la advertencia de Helios?

AF. Como te decía, al principio no sabía qué pensar. Ya sabes tú, porque lo has vivido en tus carnes, que los cornudos son los últimos en enterarse del engaño. El caso es que se quedó con la mosca detrás de la oreja e ideó un plan para pillarnos.

H. ¿Qué plan? ¿Tan ingenioso es tu marido?

AF. Es feo, el pobre, pero tiene algunas capacidades.

H. Sí, a veces somos demasiado duras con los hombres. Puede que en ocasiones hasta piensen.

AF. Volviendo al tema. Para que me confiara me dice antes de partir hacia su fragua que no volvería en un par de días, ya que tenía que realizar un encargo que le había hecho Tetis: fabricar las nuevas armas para Aquiles, porque Héctor se había apoderado de su armadura al haber dado muerte a Patroclo, que en ese momento la vestía para hacerse pasar por él entre los griegos y troyanos. Yo no noté ninguna cosa extraña, porque no era la primera vez que pasaba alguna noche

fuera de casa.

H. ¿Y entonces qué pasó?

AF. Pues que avisé a Ares para que acudiera esa misma noche junto a mí, a gozar de mis encantos.

H. ¿Y acudió?

AF. ¡Claro! Como siempre que lo llamaba. Yo soy irresistible para Ares. Bueno, y para cualquiera. Ya lo sabes tú. Paris me dio a mí la manzana destinada a la más bella.

H. Y dale con las puyas. Ya lo sé. Pero esa manzana más que por tu belleza te la dieron por lo que prometiste al juez: la mujer más bella de Grecia.

AF. No voy a discutir ahora por esas cosas que ya pertenecen al pasado. Si quieres, te sigo contando cómo nos pilló.

H. Sí, sigue con la historia.

AF. Llegó la noche y con ella Ares oculto en una nube, para no ser visto por los demás Olímpicos. Como siempre, llevaba puestas sus armas, pero dejaba a la vista parte de su torso, tan esculpido, y sus musculosos miembros. Estaba irresistible. Le ayudé a desvestirse, lo lavé, lo ungué con un perfume y le ofrecí néctar y ambrosía. Después la pasión nos hizo enloquecer y sobre el lecho gozamos casi hasta el amanecer. De pronto, cuando ya el sueño desataba todos nuestros miembros, algo tenue, pero a la vez muy firme, cayó sobre nuestros cuerpos atrapándonos. Era la red de fino metal que mi esposo había estado fabricando para apresarnos en el lecho y que había colocado en secreto sobre él. Así atrapados, todavía abrazados y desnudos, tuvimos que soportar la llegada de todos los dioses a los que Hefesto había convocado para que fueran testigos de mi adulterio.

H. *(Riendo)* Sí, esa parte ya me la sé yo.

AF. Nos hizo prometer que no volveríamos a vernos, pero nada más levantar la metálica red, escapamos del Olimpo y seguimos amándonos.

H. ¡Ay, Afrodita, desde luego cómo me recuerdas a mi ex! ¡Sois los dos iguales!

AF. Pero tu ex *(marcando la x)* no tiene excusas *(marcando la x también)*, porque cuenta con una mujer muy hermosa, y no hay nada mejor que lo de casa, cuando las cosas son así. Pero yo, la diosa del amor, ¿voy a conformarme con el deforme que tengo por marido?

H. Sí. Te entiendo. Mira que es mi hijo, pero es que es muy feo el condenado. Y además, lo que tú dices, siempre está trabajando. Y luego pretende arreglar todo con regalos. ¿Cuándo se darán

cuenta que lo que queremos las mujeres es que nos mimen y nos cuiden, nos lleven a cenar de vez en cuando, compartan con nosotras su tiempo y nos muestren enjoyadas ante los demás, para que sientan envidia de nuestra felicidad?

AF. Pues eso. Ya estoy harta. Yo también quiero mi libertad. Y ahora mismo voy a decírselo a mi marido. ¿Tú crees que lo aceptará?

H. No sé, Afrodita. Los tiempos están cambiando. Tal vez lo entienda. Si quieres, voy contigo y te ayudo, a ver si entra en razones cuando éstas se las dé su propia madre. Pero deberías ir pensando en una excusa, para que no sufra demasiado. Porque decirle que le dejas por otro o porque es muy feo y desagradable le va a doler mucho. Lo mejor es eso de “necesito un tiempo para pensar y estar sola, porque siento un gran vacío en mi vida. No es que haya otra persona... bla, bla, bla”.

AF. Sí. Algo así le diré. Pues vamos entonces a la fragua. Allí tal vez sea más fácil convencerlo.

H. Vamos. A partir de ahora ¡las mujeres al poder! (*Se agarra las dos tetas cuando grita la proclama*).

AF. Sí, eso. ¡Las mujeres al poder! (*Hace el mismo gesto que Hera*).

Salen las dos abrazadas riéndose.

FIN.